

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

Obispado de Astorga.

MINISTERIO DE FOMENTO.

Instrucción pública. = *Negociado 1.º*

La Real orden de 10 de Enero de 1836 dispuso que los regulares esclastrados que lo solicitaren pudiesen incorporarse en las Universidades del Reino los estudios que tuvieren hechos en sus respectivos institutos religiosos, no fijando tiempo alguno para ejercitar este derecho. Fué, no obstante limitado posteriormente, señalando al efecto un plazo de seis meses, á contar desde 6 de Noviembre de 1848, con el fin de cortar abusos, y suponiendo que renunciaban á tal beneficio las personas que habian dejado pasar 12 años sin aprovecharse de él. Varias sin embargo han recurrido últimamente alegando no tener noticia de aquellas superiores disposiciones, ó haber carecido de recursos para proseguir su carrera.

Y S. M. la Reina (q. D. g.) anhelosa de conciliar con los del Estado los intereses de los particulares, se ha dignado abrir un nuevo y último plazo hasta fin de año para presentar y admi-

tir solicitudes de incorporacion de estudios hechos en los conventos religiosos al tenor de la espresada Real orden de 10 de Enero 1836.

De la de S. M. lo digo á V. S. para su inteligencia y efectos consiguientes. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 10 de Agosto de 1858.— Corvera. = Sr. Rector de la Universidad de...

(*Gaceta de Madrid num. 223.*)

Noticias del Obispado.

En 14 del corriente vacó el curato de Peque en el arciprestazgo de Carballeda por fallecimiento de Don Manuel Zapatero: está clasificado de segundo ascenso y es de presentacion: se nombró ecónomo á D. Fernando Fernandez, presbítero de Rozas.

En 21 vacó el curato de Quintela de Edroso en el arciprestazgo de Viana por haberse posesionado D. Tomás Carriva del de Lamalonga: es de entrada y de

provisión ordinaria. Se nombró ecónomo á D. Sebastian Losada y Vizcaya.

Conferencias

PREDICADAS EN LA CATEDRAL DE PARIS, DURANTE LA ULTIMA CUARESMA, POR EL P. FELIX, JESUITA.

CONFERENCIA V.

El lujo.

III.

(Continuacion.)

Engrandecimiento indefinido del lujo, engrandecimiento indefinido de la miseria; multiplicacion de lo superfluo, disminucion de lo necesario, tal es la marcha de las cosas. Asombraos de ese murmullo que se hace oír por todas partes, en medio del esplendor que desvanece á los necios y regocija á los codiciosos. Asombraos de que una sociedad tan próspera toma cada dia el desastre que ha de sobrevenir al siguiente. Para apaciguar ese gran murmullo de las almas y para prevenir esas esplosiones demasiado fatales, sería necesario hacer aceptar á las masas que luchan en brazos de la miseria, el misterio pacífico de la resignacion en el dolor. Nosotros procuraremos ensayarlo. Pero cómo conseguirlo de un pueblo que sufre el peso de su miseria cuando vuestro lujo imposibilita su

resignacion?... Por mas que nosotros prediquemos y prediquemos como un consuelo para las miserias populares el misterio de la resignacion, el lujo hace á los desgraciados moralmente imposible la resignacion en su desgracia. No lo dudeis; por mas paciente y sufrido que naturalmente sea un pobre; si está cubierto de harapos no verá sin murmurar, pasar por su lado á una muger rica arrastrando en su vestido veinte varas de seda; si tiene hambre no leerá sin cólera la descripcion de esos banquetes fabulosos que son la historia de nuestro tiempo, y en que parece que la prosperidad se nutre con las miserias y se apacienta con las lágrimas del pobre.

Tales son los efectos actuales que produce infaliblemente el acrecentamiento de vuestro lujo. Agota con gastos inmoderados los manantiales de la donacion, y cubre con esplendores falaces los abismos de la miseria, abismos que se ahondan mas y mas en el fondo de la humanidad, á medida que decorais y embelleceis mas y mas las superficies; irrita al pueblo paciente con los contrastes insolentes del fausto y de la miseria que se encuentran cara á cara, y haciendo cada vez mas imposible á los desgraciados, la aceptacion de la miseria y la resignacion en el sufrimiento, deja en el fondo de las almas, cóleras siempre prontas á estallar á la primera señal, y que amenazan á la sociedad moderna con una conflagracion general.

IV.

¿Cómo evitar este incendio? ¿Cómo conjurar estas tempestades que reúnen al rededor de nosotros el movimiento de las cosas y los vientos del siglo? señores, yo os anuncio sin rodeos que para salvarnos se necesita de una *reaccion contra el lujo*,

Pero no, dicen los profundos pensadores, no es necesaria esa reaccion contra el lujo, lo que se necesita para salvarnos es aumentarle mas y mas, es necesario que el aumento de los gastos, del bienestar, del lujo, de todo lo que es *confortable* impida que los brazos se paraliquen, que el dinero se estanque, que el comercio se detenga, que los cuerpos tengan hambre, que las almas murmuren y los corazones se aborrezcan. Es decir, que para curar el mal quereis aumentar el mal. ¡Ah! lo confieso, no soy perito, entiendo poco el lenguaje sublime de los calculistas; y todo lo mas á que he llegado, es á descubrir algo en las profundidades de la economía contemporánea; pero yo que nada sé, nada mas que á Jesucristo crucificado, yo que no conozco mas que un poco los misterios de Belen y la ciencia del Calvario, yo me atrevo á aseguraros que ese medio no os saldrá bien, que ese remedio no puede curaros. Para salvaros es necesario atacar en su raiz los males que os amenazan, y que yo os he señalado, es necesario contener ese torrente tres

veces formidable del orgullo, del sensualismo y de la codicia.

No lo olvideis, el lujo es á la vez efecto simultáneo y alimento perpétuo de esas tres concupiscencias. El lujo es el orgullo que se agranda, es la codicia que se redobla, es el sensualismo que todos los dias se ensancha. Producto natural de las tres concupiscencias, las reproduce á su vez y obra sin cesar sobre sus propias causas para precipitar á la sociedad en su decadencia por esas tres pendientes de la humanidad. El lujo obrando asi sobre las causas que le hacen nacer y desenvolverse, estingue gradualmente en las almas los principios de las virtudes evangélicas que son tambien virtudes sociales, la humildad, la austeridad y el desinterés. Al mismo tiempo que pule la superficie de las cosas y embellece el exterior de los hombres, anada todas las grandes virtudes, todas las grandes cualidades, todas las aspiraciones nobles, todas las ambiciones santas y sublimes; envilece las almas, enerva los caracteres, hace á las generaciones débiles y á los pueblos cobardes; y esto es tan cierto, que en el lenguaje de todos los pueblos, el lujo, la molice y la flojedad, son palabras casi sinónimas que designan con matices diversos el mismo fondo de las cosas y la misma miseria de las almas.

Ya no es difícil comprender, por qué en la historia de los pueblos mas ilustres se ha visto constantemente que el exceso del lujo ha si-

do preludio próximo de la caída de los imperios. Testimonio de esta verdad dan Asiria, Persia y Roma, y en la historia moderna se hallan los mismos excesos, y amenazando las mismas ruinas. La filosofía de la historia examinando estos dos fenómenos, el desenvolvimiento del lujo y la decadencia de los imperios, puede agitar la cuestión de saber si el lujo es una causa ó un efecto; nosotros creemos que es lo uno y lo otro; pero causa ó efecto, las dos cosas van siempre unidas, y juntas marchan á la luz de los siglos: *desenvolvimiento immoderado del lujo y decadencia de los imperios.*

¿Y querreis aun desenvolver indefinidamente el lujo, es decir, precipitar con él la acción de todas las cosas que degradan á los hombres y causan la ruina de los imperios? Pues bien, sea así; id y que vuestra idea subyugue al mundo, id y desenvolved mas y mas el lujo. ¿Pero qué sucederá? Que el orgullo se agrandará, que el sensualismo se agrandará y que la codicia se agrandará. ¿Es esto cierto ó no? Arrojaís á esas tres bocas devoradoras de la concupiscencia su natural alimento; ¡y pretendereis que esa hidra no estiende mas y mas las tres cabezas que devoran á las sociedades como devoran á los hombres! Continuemos aumentando el brillo de nuestros vestidos, la delicadeza de nuestras mesas y el esplendor de nuestras habitaciones. ¿Qué habremos ganado? Yo os lo diré. Hacernos mas orgullosos, mas sensualistas,

mas codiciosos, es decir, mas ingobernables, mas cobardes y mas egoístas.

¿Y hareis progresos así? pues qué ¿es compatible el progreso con el orgullo, el progreso con la codicia, el progreso con el sensualismo: es decir, el progreso con todas las causas de decadencia? Eso será insultar á la razón, á la naturaleza y al buen sentido. ¿Es acaso la historia contra la que despedís rayos desde la cumbre de vuestros insensatos sistemas? ¿Creéis que para daros la razón borrará las grandes lecciones que ha escrito contra vosotros en las páginas de los siglos? ¿La hareis decir todo lo contrario de lo que ya ha dicho? ¿O convencereis á los siglos de locura, por haber encontrado su decadencia en los mismos caminos en que vosotros os preciais de haber hallado el progreso? ¡Insensatos! vuestros delirios van á pasar; las realidades permanecen, vuestros sistemas van á destruirse, la historia vivirá, ella continuará formándose con vuestros propios despojos y con las ruinas de vuestras ideas, y puesta de pie sobre el polvo de vuestros sistemas, contará lo que siempre ha contado, esto es, las sociedades arrastradas á la decadencia por el exceso de su lujo, y conducidas á la muerte con la magnificencia de sus adornos como víctimas engalanadas para la hora del sacrificio. Ved ahí por qué cuando la sagrada Escritura profetiza la ruina de las grandes ciudades, describe su lujo con una irrisión solemne, y com-

para el ornato de esos grandes pueblos degenerados y postrados por la molice, á la sábana brillante que debe envolver su cadáver.

¡Y ante ese poder de las cosas y ante esas lecciones de la historia, quereis desenvolver mas y mas como un elemento de progreso, lo que fué siempre y en todas partes causa de decadencia y preludio de destrucción!

No señores, no; lo que se necesita hoy, y en el momento mismo en que yo os dirijo la palabra, no es un nuevo impulso en favor del lujo, es una reaccion contra un movimiento que por línea recta conduce á un abismo. Dios dá á cada uno su misión en la tierra, yo cumpla la mia cerca de vosotros. Dios me envia para deciros que es necesaria una reaccion contra ese movimiento fatal que os arrastra. Si, señores, no temo afirmar, la reaccion contra el lujo en el modo y forma que permita vuestra condicion, es en este momento para todos vosotros una misión social. Si no la aceptais, haceis traicion á vuestro deber y resistis al llamamiento de Dios. Cosa estrañal todo el mundo reconoce hoy que el lujo va demasiado lejos, todos los que son víctimas suyas piden con gritos amenazadores un punto de detencion á este movimiento fatal; y aun los mismos que gozan de él reconocen que el soplo del siglo y el despotismo de las imitaciones serviles, les conducen á locuras que su conciencia desaprueba y que su

buen sentido rechaza. Pero en tanto, se sigue la corriente que lleva al abismo diciendo. «Es preciso hacer lo que todo el mundo hace, que empiecen otros y nosotros los seguiremos en una reaccion necesaria contra un lujo que corrompe nuestras costumbres, que devora nuestras fortunas, que arruina á la familia y que amenaza á la sociedad.»

Todo el mundo reconoce, pues, que es necesaria la reaccion contra el lujo ¿pero quién la empezará? ¿quién dará impulso á ese nuevo movimiento? Señores, los grandes ejemplos deben venir de lo alto; y cuando digo *de lo alto*, no pretendo hablar aqui del deber de los gobiernos y de los poderes constituidos, porque esto no me corresponde. Yo no predico aqui delante de reyes; es á vosotros á quienes hablo, á vosotros que representais todas las clases del gran pueblo de Francia; y á vosotros es á quienes digo, y principalmente á los que estan en lo alto, que tomen en esta reaccion una generosa iniciativa. El ejemplo del lujo, y de los excesos á que arrastra, ha partido de lo alto; el ejemplo de la moderacion, de lo alto debe descender con las virtudes que á la moderacion se asocian. Todo lo que es alto por el nacimiento, alto por la nobleza, alto por los destinos, alto por las riquezas, alto por el nombre, debe creerse hoy con misión especial para detener con el poder del ejemplo esta gran aberracion del siglo. Si Dios me hubiera dado en parti-

cipacion alguna de esas grandezas, aspiraría á hacer estender la predicacion poderosa de la distincion modesta y de la ilustracion brillante con su propio esplendor. Que las locuras del lujo agraden á un plebeyo enriquecido por una casualidad; que agraden al jugador ostentando hoy en la capital asombrada sus trenes, sus carruages, sus caballos y sus vestidos ganados ayer á la alza y á la baja, lo comprendo. Que el lujo con sus excesos mas monstruosos sea ambicionado por los cortesanos vestidos con ropas de sedas, esos seres parásitos y viles que parecen nacidos exprofeso para devorar el bien de los pobres y la virtud de los ricos; que los desórdenes del lujo sean tambien el hecho de una nobleza que se ablica, de una juventud dorada que mata en las disipaciones el honor del nacimiento y sepulta en las orgías la gloria del hombre y la ilustracion de los abuelos, lo comprendo tambien; todo esto es degradante, todo esto es miserable.

Pero, que el que quiere guardar la herencia de las verdaderas grandezas humanas, que el que quiere llevar con dignidad un nombre que ha dejado en la historia huellas brillantes; que el que ciñe en la frente la aureola de los grandes servicios, de las grandes magistraturas, de los grandes renombres, de las grandes virtudes quiera rivalizar en lujo con la medianía, con el vicio y la disipacion, ved ahí lo que yo no comprendo: ved ahí lo que á mis ojos marchita el mas bello nom-

bre y envilece á la misma grandeza. Y es porque cuando se atribuye tanta gloria y honor á la forma de su traje, al brillo de su habitacion, al dorado de sus carrozas, se dá lugar á creer que se siente en su interior privado de toda verdadera grandeza. ¿De qué sirven esos esfuerzos insensatos para engrandecerse sin medida? Si no teneis la verdadera grandeza ¿por qué buscáis en el lujo una mentira mas? Y si la teneis, ¿por qué os bajáis hasta luchar en grandeza ficticia con los miserables?

Todo lo que es verdaderamente grande, honesto, noble, rico, elevado, digno por su posicion de tener una influencia social, se separa de esa corriente desastrosa que arrastra á todas las clases. Formad una alianza generosa, una especie de legion de honor para luchar con valor y con gloria contra esos excesos degradantes. Que el lujo tal y como el mundo le practica hoy, sea un oprobio no un honor. El honor ¡ay! el mundo le hace consistir frecuentemente en lo que quiere y rara vez en lo que debe. Que el honor vuelva á estar allí donde está tambien la virtud y el mérito, es decir, en la moderacion. Que la gloria sea de aquel que dé mas y gaste menos, y cuando se diga que el exceso del lujo solo es propio de un noble sin costumbres, ó de un hombre mal criado, cuando á todos sea notorio que esa ostentacion inmoral no es ejercida mas que por un rico egoista, por jugadores famosos ó por cortesanos cé-

lebres, entonces se temerá con razón llevar en sus muebles, en sus festines y hasta en sus vestidos, el sello de sus vicios y la enseña de sus disipaciones, entonces marchará la reacción haciendo progresos para honor de los ricos, para alivio de los pobres y para salud de todos.

Para esto, preciso es repetirlo, se necesitan grandes ejemplos. Yo solo exijo en esta capital el concurso de cien familias que tengan una verdadera grandeza, para que en pocos años se haga tan saludable reacción. Vosotros teneis obras, asociaciones, alianzas santas para el alivio de todas las miserias, y os felicito por ello; ¿por qué no las teneis para la abolición de esa miseria que reasume todas las miserias? Vosotros que invocais todos los progresos con amor y sinceridad ¿por qué no formais á la luz del gran sol del siglo, una conspiración valerosa contra ese lujo antisocial que prepara todas nuestras decadencias?

Vamos, señores, valor y resolución. ¡Atras ese lujo impertinente, provocador é inmoral! Sacudid de vosotros como una lepra todo cuanto en esos vestidos hay de anticristiano, de antisocial y degradante. ¡Guerra á ese lujo que engendra el orgullo! ¡Guerra á ese lujo que alimenta la codicia! ¡Guerra á ese lujo que nutre al sensualismo! Guerra á ese lujo que perpetua y agranda con estas tres cosas los obstáculos al progreso, es decir, *la concupiscencia!* Buscad el progreso

allí, donde comienza, en Belen y en el Calvario. Por ahí han pasado en la mortificación y en la humildad las generaciones cristianas para elevarse con Jesucristo de perfección en perfección, hasta la plenitud de su grandeza, y hasta la gloria de su eterno Thabor.

CONCLUSION.

Señores, he concluido de manifestaros el obstáculo vivo á nuestro progreso moral; y recogíendome ante Dios y ante mi conciencia esperimento esa satisfacción que se siente al cumplir con un deber, mezclada con el temor de haber faltado á él; pero antes de descender de esta cátedra siento en mi corazón la necesidad de haceros dos declaraciones.

Después de haberme escuchado en el curso de estas conferencias, quizás al retiraros habreis murmurado lo que los judíos decian después de haber oido un discurso de Jesucristo: «*Durus est hic sermo, quis poterit audire?* Duro es este lenguaje ¿quien podrá oírle? Esta predicación es austera ¿quién podrá seguirla?» Señores vosotros mismos habeis dado pruebas de que es posible oír estos discursos y seguir estas predicaciones, porque cada dia habeis venido en mayor número y de tal modo, que para contener tanta concurrencia se necesitaba de una basílica mucho mayor. ¿Cómo explicar esta necesidad de venir vosotros mismos á ponerlos bajo los golpes de una palabra aus-



fera? ¡Ah! señores, una cosa me explica vuestra concurrencia. Habeis oido en esta palabra el grito de vuestros corazones y el eco de vuestras voces. Yo he dicho en voz alta lo que vosotros decís en voz baja. Yo tenia en mi favor y contra vosotros mismos el testimonio de vuestras almas, y vosotros habeis dicho invocando en testimonio esta rectitud y esta sencillez del alma que responde á la verdad. «Esta predicacion es severa, pero está llena de verdad.» Y tan grandes como Luis XIV, en presencia de la verdad, habeis dicho tambien. «Este hombre cumple con su deber; vamos á oirle y despues haremos el nuestro.»

(Concluirá.)

ANUNCIOS.

LIBRERIA RELIGIOSA.

Como teniamos anunciado se reparte á los señores suscritores el tomo 2.^o de la interesante coleccion de sermones escritos unos y escogidos otros por el misionero apostólico Antonio María Claret y Clara, arzobispo de Santiago de Cuba.

Constará la obra de 3 tomos en 8.^o mayor y su precio 18 rs. en rústica y 27 en pasta.

Tambien podemos afreccer ya á nuestros constantes favorecedores el precioso librito titulado, práctica de la viva fé de que el justo vive y se sustenta, escrito por el P. Fr. Tomás de Jesus, vicario general de los religiosos y religiosas descalzos de Ntra. Sra. del Carmen en Flundes y Alemania y anotado por el Dr. D. Julian Gonzalez de Soto, presbítero, rector del Seminario de Tarragona: 1 tomo á 3 rs. en rústica y 5 en pasta.

Hay tambien de venta las obras siguientes:

Catecismo de perseverancia escrito por el abate Gaume: 8 tomos á 52 rs. en rústica y 80 en pasta.

Manual de los confesores por id. 10 rs. en rústica y 14 en pasta.

Prontuario de la Teología moral compuesto por el P. Lárraga y anotado últimamente por el Excelentísimo é Ilustrísimo Señor Claret: 1 grueso tomo á 20 rs. en rústica y 24 en pasta.

Se admiten suscripciones á las obras pendientes y pedidos de todas las publicadas.

El encargado D. Pedro Goy, presbítero, catedrático en el Seminario Conciliar.

Los señores que hayan encargado los Sellos Parroquiales de San Miguel de Vidueira y S. Martin de Cabañas, pueden pasar á recogerlos de esta Imprenta.

ASTORGA.—1858.

Imprenta y encuadernacion de D. Antonio Gullon.